

## 14 de marzo

—¿Sabes por qué estás aquí? —me pregunta el agente más alto.

—Sí, creo que sí. Quieren que me someta a una sesión de hipnosis para intentar recordar lo que ocurrió. Pero ya les he dicho que yo no sé nada. — Intento explicarme.

—Bueno, eso lo comprobaremos ahora mismo. Tiene que reconocer que su declaración no tiene ni pies ni cabeza y la excusa de la pérdida de memoria está muy manida. ¿No le parece? —Esta vez habla la inspectora.

Por mucho que insista en que no recuerdo nada, no sé cómo hacerles entender que yo no tuve nada qué ver. Sé que es difícil creerme y yo misma dudo, pero no soy capaz de hacer daño a nadie y no sé ni cómo llegué a aquella casa, ni cómo desperté con mis manos manchadas de sangre y el cuerpo de aquel hombre tirado en mitad de la habitación. Llevamos horas esperando y ya no sé cómo explicarlo.

—No se preocupe, en cuanto llegue su abogado podremos empezar con la sesión. Pronto averiguaremos todo lo ocurrido y, nosotros, nos podremos ir a comer. Le recuerdo que, si nos ha mentado, me ocuparé yo misma de llevarle a prisión, abrirle la celda y guardar la llave por una larga temporada.

—Solamente visualizar esa opción, me entra una arcada. —No se le ocurra vomitar porque tendrá que limpiarlo usted. ¿Me oye? —me ordena la inspectora levantándose la barbilla para que le mire a los ojos.

Trago mi propia bilis y noto como cae una lágrima por mi mejilla. Como esto dure mucho más, creo que me voy a desmayar. Tengo frío, sed, me duele el estómago y la cabeza me va a estallar.

—¿Srta. Monteagudo? —Afirmo con la cabeza. —Soy su abogado, Vicente Monfort, encantado. Ni se le ocurra decir nada más. ¿Ha dicho algo? Bueno, da igual. Pediremos que cualquier declaración hecha antes de mi llegada se declare nula. Esto es abuso de la autoridad y lo sabes, María. —Se dirige a la inspectora, se miran y se congela el ambiente.

Esto es estupendo. Se conocen y, por lo que parece, no se llevan demasiado bien. ¿Qué más podría pasar?

—Hombre, Vicente, solamente tú podrías llegar una hora tarde. ¿Qué ha sido esta vez? ¿Una amiga que necesitaba que le ayudases con la fontanería?

De repente aparece en escena su compañero y se interpone entre ellos.

—¿Podemos empezar, Sr. Monfort? —Le pregunta la inspectora con un tono de amabilidad forzado.

—Sí, por favor, quiero saber qué pasó —les digo sin pensar, pero es la verdad. La angustia me recorre el cuerpo y quiero irme a casa, darme un baño, meterme en la cama y dormir un año entero hasta olvidar que todo esto pasó.

—Vamos a empezar. Siéntase cómoda y cierre los ojos. Intente relajarse. Respire profundamente. —Su voz es cada vez lejana y me parece más un murmullo. —¿Dónde se encuentra? ¿Qué ve a su alrededor?

—Estoy un poco aturdida con tanto ruido, con tanta gente a mi alrededor. Debe ser la discoteca a la que insistió llevarme mi amiga Marga. Ella quería ir para encontrarse con una chica que le gustaba y que había conocido por una de esas aplicaciones para buscar pareja. A mí no me hacía gracia, no me gusta la multitud, pero estaba tan ilusionada, que no pude decirle que no.

—¿Con quién estás? Por favor, mira a tu alrededor, ¿ves a alguien más conocido? —otra vez ese susurro.

Miro a mi alrededor. Marga está bailando, se ríe, se le ve feliz con esa chica y yo solamente puedo sonreír. Alguien le coge de la cintura y ella se sobresalta. Se aparta y ahí está.

—Es él.

—Mónica, ¿qué está haciendo?

—Está en la pista y baila con las dos. Están disfrutando. Alguien me empuja y me tira la copa encima. Estoy enfadada, pero se me pasa cuando me invita

a otra copa. Insiste en bailar conmigo, pero no le hago caso. No le puedo ver la cara. Me bebo la copa de un trago y voy a bailar con ellos.

—¿Puede ver al hombre que le tiró la copa? —me pregunta la inspectora en esta ocasión.

Intento girarme, buscarlo entre la gente, pero ya se ha ido. Niego con la cabeza, solamente veo pájaros.

—Todo me da vueltas. No me encuentro bien. Voy dando tumbos por un pasillo. No estoy en la discoteca, estoy en su casa. Hay un cartel de feliz cumpleaños. ¿Qué hago aquí? Oigo una discusión. Quiero salir de allí e irme a casa. Alguien me golpea y caigo al suelo. ¡14 de marzo! —grito sin sentido, abro los ojos y me incorporo. ¿14 de marzo?

—Tranquilícese, Mónica. Ya está, no se preocupe. Respire.

—Creo que tendríamos que volver a esa casa. Podría recordar algo más y averiguar que...

—¡No! —me interrumpe el agente. —Sinceramente, creo que está haciendo tiempo para librarse de lo inevitable.

Alguien llama a la puerta, entra y se dirige directamente a la inspectora. Le da unos documentos y asiente.

—Vayamos. El caso acaba de dar un giro de 180°. Acabamos de recibir sus análisis y la drogaron.

—Caso resuelto, quiero que suelten a mi cliente. Ella no ha tenido nada que ver. —reclama mi abogado.

—Eso ya lo veremos. —le espeta la inspectora.

Una vez allí, recuerdo el pasillo y me dirijo hacia el despacho. Un escalofrío me recorre la columna e instintivamente me toco la cabeza.

—Creo que quien lo mató andaba buscando la caja fuerte, pero no pudo abrirla. Prueben con la fecha de su cumpleaños: 1403. —sugiero, pero no es la combinación. —Espere, Inspectora, déjeme su móvil un momento.

Cuando era pequeña jugaba con mi hermana a crear códigos y adivinar palabras.

Cojo el teléfono que me ofrece, cierro los ojos e intento escribir 1403, 14 de marzo, pero utilizando el teclado de letras y no el de números.

—Aquí lo tiene: QRPE. Pruebe, por favor.

—¿Cómo sabe la combinación? Solamente puede haber una manera y es que sea ella la asesina y que se lo dijera él antes de matarlo —sugiera el agente.

Mientras la inspectora lo intenta y abre la caja, su compañero empieza a sudar y saca un pañuelo de su bolsillo para secarse la frente.

La inspectora abre la caja. Hay un sobre cerrado.

—¡Manolo! ¡Pon las manos en la cabeza! —grita la inspectora hacia su compañero mientras le apunta con su arma.

Con la mano que tiene sujeto el sobre cerrado, me aparta para que me ponga detrás.

—¡María, no digas tonterías, por Dios! ¡Suelta esa arma! —Le pide el agente. —Además, ¿cómo sabes que yo he tenido algo que ver?

—¡Pájaros! —contestamos al unísono.

Él mira su mano. Se da cuenta de los dibujos que decoran su pañuelo, cierra los ojos con rabia y cae de rodillas al suelo.